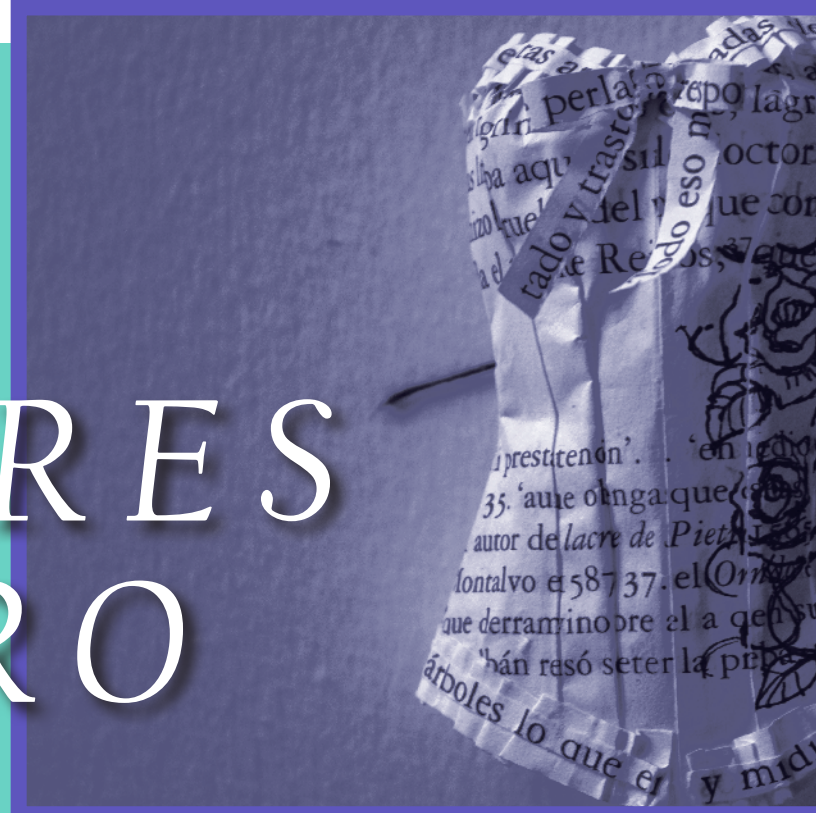


ANIVERSARIO

de

DOLORES
CASTRO

◆ VERÓNICA C. ARREDONDO



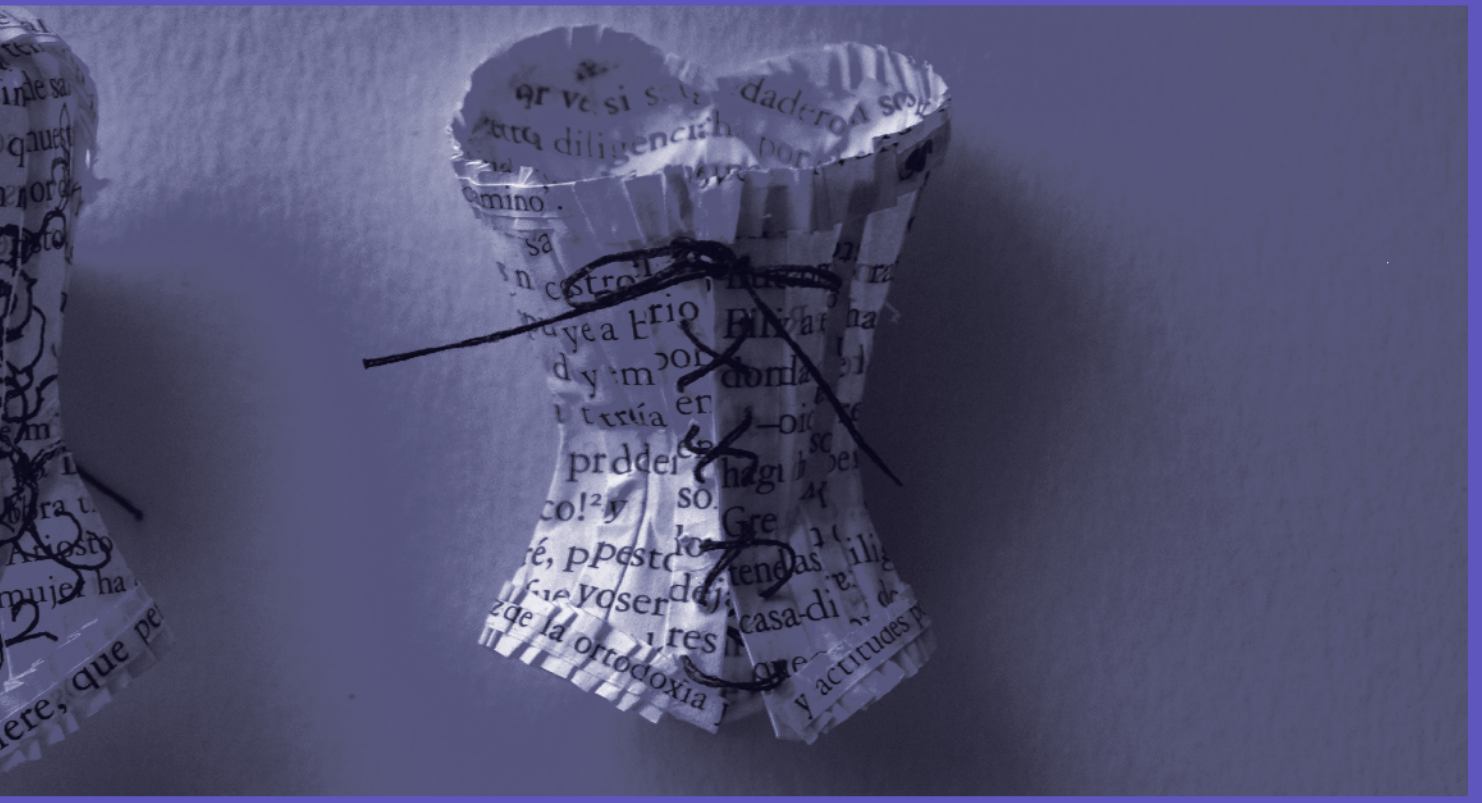
La obra poética de Dolores Castro Varela (1923) surge quizá de la unión de dos elementos: la memoria y el viento. Este último, primigenio, de cualidad rumorosa, casi imperceptible, el primero en la creación de génesis y mundos, portador del sonido, motor de imágenes. La memoria, propiamente humana como el lenguaje, comienza a desarrollarse desde la infancia, también la capacidad de articular e imaginar. En la casa de la abuela, detrás de la ventana, Dolores, Lolita, colocaba una silla pequeña para practicar su afición favorita desde entonces: contemplar. En esa casa aprendió a darle nombre a las cosas, a descubrir con los sentidos bien abiertos a través del lenguaje la poesía.

DOMICILIO PARTICULAR: ANTICUA CASA DE LA ESTRELLA

La Casa de la Estrella era la casa de la abuela materna de Lolita, está ubicada en el centro histórico de la ciudad de Zacatecas, en el número 86 de la calle Morelos. Antes de ser el lugar donde transcurriera por temporadas su infancia, era una fábrica de veladoras. La in-

signia continúa intacta cincelada en la cantera de la fachada. El período que tanto recuerda de su vida en Zacatecas fue el de la Guerra Cristera, incluso estudió la primaria a escondidas en una casona ubicada en la rinconada de Catedral. La casa y la ciudad eran una hoguera después del incendio. Lolita heredó de su padre la pasión por la lectura. Pronto, sus compromisos de trabajo y la situación de violencia la harían abandonar Zacatecas para continuar la secundaria en la Ciudad de México. Aunque nació y fue registrada en Aguascalientes, ha ocasionado disputa entre los Estados vecinos por llamarla “hija predilecta”, sin embargo ella se considera zacatecana. Las evocaciones a su infancia y del descubrimiento de la poesía y el lenguaje implican volver en el tiempo al patio de árboles frutales, a la ventana, al cielo abierto en casa de su abuela.

La casa de la estrella: zaguán y patio grande con naranjos
una acacia, un jazmín cuyo perfume día y noche palpita:
cocina con sagrados alimentos compartidos.



[...]

Hervidero de pasos menudos, gritos, risas,
canto de pájaros y balbuceo de viejos acogidos
al calor del hogar.

[...]

Buenos días agoreros
que amanecen picoteando en el patio
migajas de luz.
Buenas noches a vivos y muertos. (“Estrella de la
casa”. Castro, 2010: 204-205).

DOMICILIO CONOCIDO: ABRIL, VIENTO DE CUARESMA

En el patio hay una mesa alargada con un mantel blanco dispuesta a recibir a los invitados. Guadalupe Dávalos, amiga cercana de Dolores y coordinadora de su última edición crítica (Dávalos, 2016) preparó una fiesta sorpresa en la Casa de la Estrella. Somos intrusos e invitados, la propietaria actual nos recibe y nos permite pasar ahí la tarde. Lola se emociona, no dejará

de agitar las manos, de agrandar los ojos, reconstruir el tiempo y respirar hondo. Casi nadie se atreve a interrumpir cuando ella habla, nos cuenta de los paseos familiares fuera de la ciudad, en las haciendas, de los paisajes áridos de tierra roja, cardos y huizaches; de su temor por las víboras desde que una se le posó en el regazo y brincó del susto. “Por cierto, las mujeres que menciona Severino Salazar en el cuento de las víboras, sí existieron, yo las conocí”, afirma. La tarde avanza en el patio, bajo ese azul terrible el viento recoge la piel.

TRASPATIO: LAS CENIZAS DEL VOLCÁN DE COLIMA

Después de saborear el postre, Guadalupe Dávalos le pide a Dolores que nos cuente cómo era la casa cuando vivía ahí. Ella se levanta, camina despacio, comienza a agitar sus manos. “En medio del patio había árboles frutales, olor a jazmín, a hierba fresca. Los baños no se ven como ahora”, ríe, “más bien eran letrinas; la cocina era más grande, había una para hacer tortillas...” recuerda el espacio destinado al fogón y cuando les pedían a ella y a sus primas que no corrieran por ahí.

Envuelta en el humo
de la cocina, junto al aroma
del membrillo que brinca en el cazo de cobre
y quema el recuerdo y aviva
el agri dulce sabor de la vida,
mi abuela. (“El secreto está ahí”. Castro, 2010: 199).

Desde la zotihueta veía hacia abajo a las vecinas cuando lavaban la ropa, eran viviendas muy humildes. Alimentaban a los animales sueltos y había muchas macetas en latas llenas de flores, a pesar del desorden. La vista era periférica a los cerros, a las vías del tren, a la Bufa. Cuando la ceniza del Volcán de Colima llegó hasta Zacatecas la ciudad fue gris.

VIAJE A LA SEMILLA

Lola recorre las habitaciones, la de su abuela, la que compartía con su hermana, la sala, cada cual con su chimenea. En la entrada había una banca cerca del zaguán para las visitas inesperadas que recibía su padre: “El jardín era más amplio, no tenía el último adoquín, en el corredor había grandes macetones, mi padre mandó cubrir el túnel subterráneo que conducía a Catedral –¡Hay túneles por toda la ciudad!– El fantasma que cruzaba de una habitación a otra sigue rondando en el pasillo”.

En una de las ventanas que dan a la calle, Lolita colocaba su silla, veía las hojas de los árboles moverse, escuchaba las conversaciones de los paseantes, las frases de los vendedores a puertas contiguas, observaba la vestimenta de las mujeres enlutadas –como en la novela *Al filo del agua* de Agustín Yáñez–, aquella zozobra en tiempos de guerra, la vida y las costumbres zacatecanas. Despertaba en la madrugada con los pasos de los mineros. No era el ruido de las botas lo que le perturbaba el sueño, era el olor de sus lámparas de petróleo para iluminar el camino.

Escucho los pasos,
el ritmo de sus botas sobre las gastadas
losas de cantera,

olía
la estela que iba dejando

el tufo de consumidas
lámparas de carburo,

[...]

No el canto del gallo,
la caminata de los mineros
rompe la noche,
desencadena
la luz del alba. (“Topos, luciérnagas”. Castro, 2007: 204-205).

El piso es de duela, antes de ladrillo, los techos altos de vigas apollilladas. Lolita no ha olvidado el mínimo detalle, nos realiza una visita guiada a su infancia en la Casa de la Estrella, la reconstrucción en su memoria¹ me recuerda al cuento “Viaje a la semilla”, de Alejo Carpentier.

LA CIUDAD Y EL VIENTO

La casa era un refugio. Lolita huyó de Zacatecas con su familia cuando la situación comenzó a complicarse; se instalaron en la Ciudad de México. Su padre tenía un cargo en Educación, piensa que de no ser por él no habría sido poeta. La situación política y social de la provincia marcó su infancia, conoció el “viento de fronda”, cruel y azotador en invierno. El viento es inicio de transformaciones en su poesía: construcción de imagen / rumor: adquisición del lenguaje; destrucción: derramamiento de sangre en el contexto histórico que vivió. En su única novela, *La ciudad y el viento* (1962), parece que una sola voz, un solo viento narra y transita entre los personajes. La voz es de Dolores, la mayoría de las anécdotas son biográficas, o parten de la idiosincrasia y costumbres de la época. La novela es un acto de denuncia a la injusticia, represión, crítica a la doble moral; y da cuenta del empoderamiento de la mujer en una comunidad. El viento cruza la ciudad en ruinas, retrata el paisaje arquitectónico y rescata el patrimonio inmaterial de la memoria. En últimos años la Alameda Trinidad García de la Cadena, y la Plaza de Armas se han modificado, la prosa descriptiva de Dolores salva, en gran medida, vestigios: edificación y sucesos ocurridos en la ciudad.

¹ “Dolores Castro en casa de su abuela”. Video de Rodrigo Mondragón, 5 de abril de 2013. Disponible en: <https://youtu.be/QY0DRFQ2LE>.

Lolita encuentra en la provincia el universo o “paraíso perdido” de la infancia –como su admirado Ramón López Velarde lo hace de Jerez– en el amor a la patria y a la mujer. Coinciden ambos en develar lo socialmente reprimido o juzgado por la religión. En Velarde el retorno a Jerez es la dualidad entre amor / odio como en el “Retorno maléfico”; en Castro, el descubrimiento de la poesía y el dolor por la tierra dividida entre la violencia. Sucede en ambos la magnificación de la provincia en un salto o sinécdoque, convertir lo particular en general, en donde pervive una carga de tradiciones y costumbres zacatecanas. La patria íntima, compartida en el deseo / destino de regresar al origen, en Velarde al amor imposible, trágico, prohibido; en Lolita a la ciudad del viento que se cuele por los huesos, a la casa de la abuela, a la patria / infancia.

El fulgor en el baño del zenzontle,
un sacudir de gotas irisadas
entre las pardas plumas,
eso dura la infancia.

Después, queda la jaula,
después las cuatrocientas
voces del alma
por los cuatro horizontes separadas.
El incienso azulea, se levanta,
y se acercan las sombras,
y se agrandan. (“Infancia”. Castro, 2010: 50).

ALGO LE DUELE AL AIRE

El viento en la obra de Dolores Castro tiene el principio de creación y destrucción en uno de sus libros recientes, *Algo le duele al aire* (2011), ligado a la violencia por la que sigue atravesando Zacatecas y nuestro país. En versos de Velarde:

Mejor será no regresar al pueblo,
al edén subvertido que se calla
en la mutilación de la metralla

[...]
han de rodar las quejas de la torre
acribillada en los vientos de fronda. (“El retorno maléfico”. López Velarde, 2010: 177-179).

Algo le duele al aire es un canto fúnebre. Una premonición acarrea el aroma, el hedor al agua estancada. El viento adolorido baila-aúlla la danza de la muerte, el sonido: tartamudeo de la metralla. El poema inaugural despliega el tono de los demás apartados, un libro unitario en donde se cuestiona al bien y al mal. Dolores entristece y enoja por la violencia y las desapariciones, cuerpos irreconocibles por los que se quedan: la familia, lo que le duele al aire le duele a ella. Su voz deja atrás a la niña poeta que contempla, se maravilla, encarna otras voces, hombres y mujeres, víctimas de violación, migrantes, muertos por un tiro de gracia o por una bala perdida. La naturaleza terrible: agua turbia, el viento, un torbellino que arrastra, *el polvo vuelto al polvo*, la tierra y la muerte.

Algo le duele al aire,
del aroma al hedor.

Algo le duele
cuando arrastra, alborota
del herido la carne,
la sangre derramada,
el polvo vuelto al polvo
de los huesos.

Cómo sopla y aúlla,
como que canta
pero algo le duele.

Algo le duele al aire
entre las altas frondas
de los árboles altos.

Cuando doliente aún
entra por las rendijas
de mi ventana,
de cuanto él se duele
algo me duele a mí,
algo me duele. (“Algo le duele al aire”. Castro, 2011).

Diálogo y danza claman por la vida de inocentes, desde un lenguaje cotidiano y transparente como el cielo hondo, azul, de Zacatecas. Dos episodios determinaron la niñez de Lolita: nacer en las secuelas de la Revolución y

el desarrollo de la Guerra Cristera. Contemplaba aquel viento violento descender por la cañada, convertida en ciudad entre cañones; “el viento es Zacatecas y soy yo”.²

¡MAMÁ, EL TREN!

Lolita desborda en alegría al ver su pastel de cumpleaños. Aplauda, agradece, dice que jamás olvidará esta tarde. Cantamos las mañanitas. Parece no querer abandonar el patio de las apariciones, en donde no hubo un sótano, antes había un entierro. Coteja con la inquilina actual: la silueta del hombre que deambula en los pasillos es alta y blanca. Es su tío Andrés, “El Curro”, le llaman. “La elegancia persiste en él, después de muerto”, ríe. La tarde es fría y luminosa.

En la sobremesa no existe el tiempo. Lolita respira profundo, estuvo enferma, dice que la altitud y la pureza del aire hacen bien a sus pulmones. Apacible contagia su tranquilidad. Lolita hija pregunta a su madre si desea partir. “De aquí no me iría nunca”, responde. El pastel ha perdido su forma original, la tarde cae. “¡Mamá, el tren!, ¿lo escuchas?”, irrumpe Lolita hija. Lolita niña se levanta, corre con el júbilo en los ojos hacia la zotihueta a perseguir el silbido. Hoy la construcción de casas cubre su tránsito, pero ella corría siempre para alcanzarlo, tan cerca, hasta perderlo de vista.

Lolita dice que “con la edad la memoria se ilumina”, como nos coloreó a detalle los días que habitó la casa de su abuela. Había vuelto en visita breve, desde niña no transcurría una tarde ahí. Dice amar la vida, “a pesar de no terminar de conocerla”. Con intuición y emoción escribe la “poesía que se es”. Posee el don de quien observa por vez primera, conserva la sorpresa, la frescura del jazmín y árboles frutales bajo ese cielo abierto. Aunque invitada a celebrar su cumpleaños –e intrusa en esa casa– no puedo evitar sentir el privilegio de respirar el mismo viento, de escuchar de su voz contar su vida que para ella es la infancia. Un cielo hondo y su tierra colorada, eso, vivo y puro es el Zacatecas de Lolita, en donde “el aire es una persona”.

Sirva este un pequeño homenaje –como vela en su pastel de cumpleaños– para celebrar su enorme

lucidez y su gran trayectoria. Quizá en los últimos años su obra ha sido valorada con más fuerza, a través de antologías, reediciones, ediciones críticas y reconocimientos múltiples, por ejemplo el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Literatura y Lingüística 2014. Lolita no ha tenido el reconocimiento que tuvieron en vida su amiga y cómplice Rosario Castellanos o Efrén Hernández, con quienes formó parte del Grupo literario Ocho Poetas Mexicanos, junto a su esposo Javier Peñalosa (Mestries en Pineda, 2014: 85-110), y al zacatecano Roberto Cabral del Hoyo, entre otros, tal vez por llevar un “bajo perfil” o por mantenerse lejos de instituciones culturales.

La torre que con tanto tiento
habíamos construido, no sé por dónde
terminarla. Tú me diste
la fuerza, los contornos:
solo me faltan tus manos
y el aliento.
Yo traspaso los días
como agujeros. (“Elegía a Javier Peñalosa”. Castro,
2010: 129)

La obra de Dolores Castro es deslumbramiento, el reflejo de la cantera mojada en una tarde o noche de lluvia. La luz tras la niebla. Habitar la ciudad de tormentas de arena –donde el cielo se arremolina sin lluvia y solo se siente la fuerza del viento y el tren– no podría entenderse sin la poesía de Lolita ni la del vate jerezano; esa sensación de beber agua en el desierto, el rumor que se palpa en los labios resuena al escribir desde la distancia o el exilio de la patria / infancia del anhelo. ◆

Referencias

- Castro, D. (2007). *La vida perdurable. Antología poética*. Selección y presentación Francis Mestries. Ciudad de México: Praxis.
- Castro, D. (2010). *Viento quebrado. Poesía reunida*. Prólogo y compilación Benjamín Barajas. Ciudad de México: FCE.
- Castro, D. (2011). *Algo le duele al aire*. Ciudad de México: Ediciones Del Lirio.
- Castro, D. (2014). *La ciudad y el viento*. Ciudad de México: Ediciones Del Lirio.
- Dávalos, G. (2016). *El fino pincel de la luz. Un acercamiento a la vida y obra de la poeta Dolores Castro Varela*. Ciudad de México: Secretaría de Cultura / Instituto Zacatecano de Cultura Ramón López Velarde / Ediciones del Lirio.
- López Velarde, R. (2010) “El retorno del maléfico” en Capistrán y Granados (Comps.). *El edén subvertido. Poemas de la Revolución mexicana*. Ciudad de México: JUS/UANL/INBA/CONACULTA.
- Pineda, C. (2014). (Coord.) *Dolores Castro 90 años. Palabra y tiempo (celebraciones críticas)*. Ciudad de México: Ediciones Del Lirio.

2 “La vida perdurable” (México, 2014) Dirigida por Yain Rodríguez y producida por Tuna Cine Digital / CONACULTA / Instituto Zacatecano de Cultura “Ramón López Velarde” / Radio Zacatecas 97.9 FM. Disponible en: https://youtu.be/8wNQ_GtIAJc